

(Transcripción no revisada por el autor)

EDUCACION DE LOS HIJOS

P. Rafael Fernández

La Paz - Bolivia

Factores educativos:

Hay un factor educativo de primera importancia que son los *padres*.

Pero también el factor *colegio* es importante. Si ponemos a nuestros hijos en un colegio mormón, nuestra meta desaparecerá en gran parte. Porque el colegio tiene una fuerte incidencia en la formación de la personalidad.

Medios de comunicación y entre ellos, la televisión, el gran medio de comunicación.

Los abuelos: que pueden integrarse a nuestra educación o “atornillar al revés”.

El ambiente – las amistades – las nanas: éstos ejercen una influencia inmensamente grande en los hijos. Cuando decimos ambiente, tenemos que pensar no solamente en el ambiente personal sino en el lugar donde habitamos. Por ejemplo, si tenemos nuestra casa totalmente pintada de gris, ello ejerce una influencia inmensa en los niños. Si no tenemos ventanas, pro ejemplo, también nos sucede lo mismo. Las flores, todo el entorno que nos rodea crea un ambiente formativo. Si una familia vive en un lugar estrecho, donde hay una promiscuidad, difícilmente podremos educar bien a los hijos.

En la formación de nuestros hijos, tenemos que tener en cuenta estos factores que están ejerciendo una influencia en la educación de nuestro hijos, negativa o positiva..

Vamos a empezar por un primer grupo de factores. Queremos educar hijos seguros en sí mismos, responsables, autónomos, capaces de asumir y realizar tareas, con convicciones religiosas, valores morales, equilibrio afectivo, rectitud de comportamiento...

Nos referiremos a cuatro factores educativos.

La libertad de decisión

Hay algo que no hemos nombrado y que hemos de tener en cuenta, de alguna manera. El P. Kantenich usa mucho la expresión: queremos formar personalidades *libres*.

Básicamente, tenemos ante nosotros una persona que tiene dos dimensiones: una es su relación con sí mismo y otra, su relación con el mundo, con los demás. Dos cosas correlativas, una condiciona a la otra.

Cuando hablamos de una persona autónoma, segura de sí misma, nos referimos a la persona como tal, en sí misma. Alguien que sabe lo quiere, que es seguro de sí mismo, que es dueño de sí misma.

¿Qué es lo contrario de esta persona? Una persona insegura, con complejo de inferioridad, que se siente incapaz, vacilante, que es lo contrario de lo que nosotros queremos ser. Tenemos que decir que la gran mayoría de las personas no tiene personalidad ni se sienten dueñas de sí mismas, ni seguras de sí mismas.

Este es uno de los factores más claves en la educación de los hijos. Si vemos en las universidades, en los colegios, la formación está orientada solamente a lo intelectual, al conocimiento, a una destreza profesional. Pero quizás esas personas profesionales serán totalmente inseguras, acomplexadas, en conflicto con las demás personas, y no serán confiables.

Algo que muchas veces sale a luz son personas poco dueñas de sí mismas, incapaces de emprender tareas, poco seguras, poco responsables.

Esto gravita en una cualidad que constituye al ser humano: *la libertad*. ¿Qué significa ser libres? Hay una definición que es muy clara respecto a la libertad.

La libertad es la capacidad de tomar decisiones, de decidir por sí mismo. Una persona es libre cuando es capaz de decidir.

Una persona que no es libre, es aquella que titubea, que insegura, que no sabe lo que quiere, que no es capaz de decidir por sí misma. No sabe tomar decisiones y siempre está dudando de sus decisiones. Nosotros queremos lograr que nuestros hijos sean capaces de decidir por sí mismos, en forma autónoma. Y como padres tenemos que confiar en ellos, sentirlos capaces de enfrentarse a decisiones.

La responsabilidad

Otro factor esencial de ser libre es *ser responsable* para llevar a cabo lo que decidimos.

Podemos decir: quiero ir a Yunga, pero me da miedo porque voy solo, porque es difícil salir muy temprano en la mañana, etc.etc. Y la realización de lo que quiero no se da. O empiezo a hacer algo y no lo termino, porque no tengo ganas de hacerlo... y me arrepiento. Es decir, no tenemos una convicción y nos quedamos a medio camino; nos falta la confianza en nosotros mismo, dudamos de nuestra capacidad, etc. Y no nos decidimos... No tenemos una *sana agresividad*, o una *capacidad empresarial* para acometer una tarea.

Falta la firmeza para decidir y para hacer aquello que decidimos.

El P. Kentenich dice de estas personas que son decididos por otros, que no viven sino que son vividos por otros. Muchas veces esos factores que nombramos anteriormente, los amigos, la televisión, los abuelos, son los que deciden por ellos. La persona es arrastrada por lo que todos hacen. Son personas que nunca se han planteado algo que deben hacer. Es típico de esos niños que piden al papá que les compre tales zapatillas. No lo han decidido ellos sino que simplemente es consecuencia del efecto de una propaganda en la televisión, de la moda, del que muchos de sus amigos las tienen. Y cuando son adolescentes, tampoco ejercen su capacidad de decisión y hacen lo que todos hacen. No están acostumbrados a tomar una posición por sí mismos sino que, simplemente, es arrastrado por el ambiente. Este es el tipo de personas que hoy día estamos educando, que es producto de una sociedad masificante.

Es el *hombre masificado*, el hombre mono, dice el P. Kentenich, que hace lo que los demás hacen y porque los demás lo hacen. Podemos hacer lo que los demás hacen pero porque nosotros lo decidimos. Por ejemplo, si vamos a misa los días domingos, hacemos algo que

los demás hacen, pero vamos a misa porque nosotros lo hemos decidido, porque nosotros hemos tomado la decisión de ir a misa. El hombre masa es el hombre que es arrastrado por lo que ve en otros. No se ha planteado críticamente ante la realidad.

Si los padres no enseñan a discernir a sus hijos, a plantearse la realidad que están viviendo, si no los hacen pensar por sí mismos, nunca tomarán decisiones en forma autónoma. Y cuando esos hijos se sustraen de la influencia de los padres, harán otras cosas, harán lo que otros hacen. Si los padres no acostumbran a los hijos a decidir por sí mismos, cuando los papás no estén, y se rodean de otro ambiente, harán lo que otros hacen. Debemos educar a los hijos como personalidades libres, capaces de decidir.

Los padres autoritarios o las mamás sobreprotectoras generalmente deciden por sus hijos, no les enseñan a decidir a ellos mismos.

Los padres tienen que ayudar a sus hijos a esclarecer situaciones y decidir libremente. Tienen que ayudar a los hijos a darse cuenta que detrás de la orden que les dan hay un valor y que eso que les ordenan es algo positivo para ellos y que no es simplemente por un capricho personal.

A un niño de 12, 13 años, metido en un ambiente hipersexualizado de hoy, no podemos hablarle de que las relaciones prematrimoniales no se pueden dar porque la Iglesia lo prohíbe, porque es pecado mortal. Esto es cierto, pero eso el niño no lo ha internalizado, no ha tomado la decisión libremente de no tener relaciones prematrimoniales, porque se ha convencido de que no debe hacerlo. Los papás deben ayudar a tomar decisiones, a esclarecer una realidad, y a decidirse libremente ante ella. Las prohibiciones solamente no bastan. Mientras no hay un convencimiento para tomar una decisión no hay una libertad. La decisión libre no se deja guiar por el instinto, porque el instinto es ciego y necesita ser esclarecido por la razón, y necesita ser ordenado por la voluntad.

Si, por ejemplo, tenemos hambre. Si somos glotones y queremos comer siempre, hay un instinto ciego que nos lleva a comer y pasamos todo el día comiendo. Tenemos que pensar qué significa comer, si comer siempre, si comer cualquier cosa, qué significa para la salud, etc. Entra un factor de la iluminación de la persona, y también influye la fe, si somos personas de fe, los principios que tenemos. Luego entra la voluntad de comer o no comer

tal cosa. Para que podamos decidir por nosotros mismos, tiene que jugar la razón, los valores, los principios, que iluminan una decisión de la voluntad.

Si a un niño no le mostramos valores, no le damos razón de..., no le esclarecemos ese mundo de razones que tienen que iluminar sus decisiones, en forma progresiva, a medida que va creciendo, no será capaz de decidir cuando adulto. Si como papá o mamá tenemos que tomar una decisión por él, tiene que estar muy claro los valores y los principios, las razones de por qué es bueno tomar tal o cual decisión...

Hay una etapa en que el niño es ante todo puro instinto y no tiene uso de la razón, no tiene capacidad de decidir por sí mismo. Pero los papás tienen que tener claro lo que le piden al niño y por qué se lo piden.

Hay una etapa en que el niño no puede decidir por sí mismo, pero esa etapa no puede prolongarse para toda una vida. Los papás deben llevarlo a aprender a decidir por sí mismo. Los papás deben enseñarle a decidirse ante determinadas opciones, y permitirle pequeñas decisiones y acostumbrarlo a decidir por sí mismo desde niño, a realizar ciertas acciones.

Si el papá o la mamá son sobreprotectores, dominantes, si deciden todo por el niño, porque quieren su bien, están educando personas infantilistas, no están educando personalidades. Si nunca entregan al niño tareas concretas de acuerdo a su edad y a su capacidad, sino que le dan todo hecho, el niño nunca aprenderá a ser responsable, no podrá asumir que él puede realizar ciertas acciones por sí mismo, en forma autónoma, de acuerdo a su nivel, a su edad.

Seguridad y confianza

Cuando los papás encomiendan a sus hijos tareas y los hacen responsables de ellas, van creando en ellos una conciencia de seguridad, de poder, de realizar cosas. Recuerdo una persona cuando yo era asesor de la juventud: Miguel Kast. Cuando él tenía 12 años, su papá lo mandaba al sur a cargo de unas trilladoras, a bastantes horas de donde vivían, a cargo de obreros, de trabajadores. Y en él quedó una conciencia de seguridad en sí mismo, y llegó a ser Ministro del trabajo, porque era una persona segura de sí mismo, que sabía lo

que quería y lo hacía. ¿Qué había detrás? Un papá que se arriesgó a que su hijo podía realizar cosas, un papá que confió en él.

Esta confianza es absolutamente importante en el proceso educativo de los hijos. Los padres tienen que saber dar a su hijo, de acuerdo a su edad, la posibilidad de decidir y realizar cosas. Y saber contar con que el niño se caerá. Si queremos que nuestro hijo nunca tropiece y se caiga, el resultado será un pobre hombre. El refrán nos dice que echando a perder se aprende. Si queremos que el niño camine, tenemos que lanzarlo a caminar y saber que se va a caer y eso lo ayudará a aprender a caminar. No podemos llevarlo siempre de la mano o apoyado en su coche.

¿Cómo desarrollamos la capacidad de emprender cosas, de realizar cosas, de iniciativa? Si enseñamos a los niños a asumir responsabilidades, a tener una sana agresividad que es capacidad de emprender, de realizar, y después estarán siempre como encogidos acomplejados, porque no se atreverán a nada y estarán justificando su incapacidad, echándole la culpa a otras personas, a otros factores. Cada persona abre su camino, se propone a realizar cosas y las hace con responsabilidad, pase lo que pase. Y si se cae, se levanta. Ese es el tipo de personas que como padres tenemos que educar en nuestros hijos desde pequeños.

Los padres, principal factor educativo

El factor educativo central son los padres. Si queremos educar personas libres, capaces de decidir, responsables, autónomos, sólo es posible si nosotros, como padres, somos personas libres, son valores, con principios, que decidimos y realizamos lo que decidimos.

Tomemos un ejemplo. Como familia tenemos algunas costumbres. Todos los domingos almorzamos juntos y ningún niño puede hacer otro panorama. Y pasa que, al domingo siguiente, el papá dice que tendrá un campeonato de tenis y que no estará a la hora del almuerzo. El papá es quien está rompiendo esa costumbre y el niño se da cuenta que el papá dice una cosa y hace otra. Por lo tanto, el papá, con su conducta no está cumpliendo lo que dice. La educación es, en primer lugar, una irradiación personal. El efecto que tiene el papá y la mamá en lo educativo no viene, en primer lugar, por la palabra sino por el ser.

Y esto es clave en la educación. La consecuencia de lo que se dice con lo que se hace es importantísima.

Como padres, quizás tenemos muchos lastres en toda esta etapa educativa, porque, en general, hemos recibido una mala educación. Por eso es importante que los padres se den cuenta que al educar a sus hijos están también educándose a sí mismos y que aquello que exigen y piden a sus hijos, se esfuercen por hacerlo vida ellos mismos. Y si los papás fallan, los hijos también deben experimentar que ellos reconocen sus errores, que piden perdón y que siguen luchando. No es una tragedia equivocarse. Los papás son falibles, se equivocan, pero lo importante es que los papás lo reconocen y se arrepienten de ello. Y los niños deben sentir esto. Este es un factor que

El P. Kentenich acentúa mucho esto de apropiarse del esfuerzo que hacen los hijos en su educación. Si los hijos no ven que los papás se están educando, como papá, como mamá, no tienen el ejemplo de cómo hay que esforzarse, de cómo hay que exigirse. Y el efecto que tiene este ejemplo de un papá, de una mamá que luchan por ser mejores, es de mucha importancia. Y el P. Kentenich agrega que puede ser que el papá sea una persona ordenada y que le pida a su hijo ser responsable de tener sus cosas en orden y por qué debe hacerlo. En este caso, el papá no puede darle el ejemplo del esfuerzo que debe hacer para ser ordenado. Y puede ser que el papá sea impuntual. Entonces, el papá debe esforzarse para ser puntual al igual que se esfuerza el niño para ser ordenado. El niño entonces podrá ver y sentir el esfuerzo de cambiar, de mejorar, en su papá. Los niños captan, perciben y absorben todo, son como esponjas: si el papá es agresivo, si es flojo, si la mamá es poco veraz, si los papás se pelean, si se gritan, etc. Y también harán lo mismo, porque tienden a imitar a los adultos. Los papás tienen que aprovechar esa fuerza de imitación que tienen los niños con su ejemplo.

El niño, factor educativo de su propia educación

Hay otro factor que ayuda a la educación de los hijos. Es el mismo niño. Si él se autoeduca, está forjando su personalidad y todas las influencias que vienen desde fuera, sobre todo las de los padres, confluyen en su educación.

La autoeducación confluye con la hetero-educación, la educación de los otros. Si nosotros no logramos mover al niño a que él mismo se eduque, nuestra educación que le damos será infecunda. Tenemos que mover a nuestros hijos a que ellos mismos se eduquen. Por esto, si el resultado final muchas veces es negativo, -si los hijos perdieron la fe, si se fueron por el camino torcido, etc.- puede deberse no tanto a nuestra educación como padres sino al mismo niño que por su libertad decidió sustraerse a la influencia de los papás, a su educación. Y no sólo sustraerse a los papás sino a Dios mismo.

Hay un factor que influye en la educación y es la libertad de la misma persona. Como papás podemos hacer lo posible, pero, en definitiva, el niño es el dueño de su vida y él puede usar mal su libertad, puede malbaratar su vida.

Esto tenemos que tomarlo en cuenta para, como padres, no recriminarnos más allá de la cuenta cuando algún hijo no siguió el camino correcto. No podemos imaginarnos que el papá del hijo pródigo haya sido mal padre. Pero el niño no quiso quedarse en su casa y quiso irse, pidió su herencia y siguió mal camino. Sin embargo, la educación buena del papá sirvió para que el hijo recapacitara y se diera cuenta de su error y de lo que su padre le había inculcado. Y reconoce que falló contra Dios y contra su papá. No todo lo que, como padres, sembramos en el hijo se pierde.

El factor riesgo en la educación

En la educación para la acción, para la decisión, para realizar, hay un riesgo razonable. Y tenemos que considerar que, normalmente, entre el papá y la mamá hay una polaridad. Por un lado, la mamá va a cuidar que el niño le pase nada, y el papá va a tender a arriesgar al niño que haga algo. Una mamá difícilmente lanza el niño hacia arriba como lo hace el papá. Por otro lado, tenemos que saber arriesgar a los hijos de acuerdo a su edad. Por ejemplo, un papá enseña a conducir a su hijo cuando va teniendo la edad de llevar el volante, de tomar el acelerador, de hacer los cambios, etc. Hay que arriesgar al hijo a tener confianza en sí mismo, dándole apoyo, estando detrás de él, sin despreocuparse. El niño tiene que tener la conciencia de que sus padres saben lo que está haciendo y que están presentes para cualquier emergencia. Todo esto será la base para la fe práctica en la divina Providencia en el futuro. La conciencia del hijo de que el papá sabe lo que le sucede

le da tranquilidad. Si el papá y la mamá saben lo que está haciendo, el niño sabe que puede recurrir a ellos en cualquier emergencia. Y si se ha equivocado, su primer pensamiento será recurrir a sus padres, y no evitar ni temer que ellos sepan sus errores y sus caídas. Esto último es lo peor que puede suceder y es producto de una mala educación, sin duda.

Los papás tienen que enseñar a sus hijos a arriesgarse, a emprender cosas pero sabiendo que cuentan con ellos, que tienen su respaldo. Y ésta es la base natural para una fe en la divina Providencia, para cuando los hijos estén solos, en un tiempo futuro; cuando ellos no puedan recurrir a sus padres, sabrán que el Padre de los cielos está detrás y que él sabe todo. Dios nos da responsabilidades pero no nos deja solos y si nos equivocamos él no nos dejará.

Esta educación tiene una enorme repercusión en la vida de la fe, porque da a los hijos seguridad en medio de un mundo lleno de obstáculos, de imprevistos, de inseguridades, de angustias, porque los lleva a confiar en el Padre Dios que cuida, que sabe, que no abandona.

La conversación con los hijos

¿Cuántos son los padres que conversan con sus hijos adolescentes de 14, 15 años? Normalmente todas las conversaciones son funcionales: cómo les va en el colegio, qué notas obtuvieron, qué estás haciendo, tienes que hacer tal cosa, etc. Pero sobre lo que lleva en su corazón, sobre el afecto del niño, normalmente los padres no tienen idea de lo que les sucede. Y cuando la mamá trabaja y sólo llega en la noche y está cansada, no hay tiempo para conversar y los niños crecen casi huérfanos. No se da una conversación profunda con los hijos.

Para que podamos ayudar a los hijos a aprender a decidir por sí mismos, a que hagan suyos los valores verdaderos, los principios, los padres tienen que tener un muy buen contacto con sus hijos. No le pueden dar una clase sobre los valores. Estos se van transmitiendo vitalmente, porque los padres los encarnan, los viven, y porque también se transmiten en el contacto vital que se tiene con ellos: en las conversaciones, en los juegos, en las caminatas, en los paseos, en la práctica de algún deporte con ellos, en el hacer cosas juntos, en las

diversiones juntos, en ir a comer juntos, etc., siguiendo aquello que al niño le interesa. En esa cercanía, en ese intercambio constante se pueden enseñar y transmitir los valores y principios. Los padres son educadores y tienen que saber usar las circunstancias que se dan para transmitir los valores, en la medida en que los hijos van creciendo y van necesitando estos valores. Sin un contacto permanente es imposible esta transmisión de valores. Si los padres son sólo ejecutivos y que no se dan el tiempo para sus hijos, esta transmisión de valores es imposible. El factor educativo de los padres es nulo cuando el papá está ausente física y espiritualmente.

El contacto con los hijos se establece siguiendo lo que a los hijos les interesa, les atrae, teniendo en cuenta su manera de ser, sus inclinaciones, sus capacidades. Para que haya una verdadera transmisión de valores de tal manera que el niño sepa discernir en el futuro qué es o que no es lo que corresponde en determinadas situaciones, los papás tienen que seguir un buen camino de comunicación con ellos, tienen que establecer los puentes para que se dé esa transmisión de valores y para que el niño los reciba como corresponde.

Con un hijo adolescente la comunicación se hace más difícil, porque la naturaleza lleva al niño a ponerse casi en contra de sus padres, porque en él está emergiendo y tratándose de imponer la propia autonomía, la propia libertad. En esta etapa, los papás tienen que ayudar a su hijo, tienen que darle la libertad de acuerdo a su edad, y ayudar al hijo a sentir y estar consciente de que el papá está a su favor, que lo entiende. El hijo se siente adulto y tiene que sentir que el papá no lo trata como niño. Esta experiencia sólo se puede dar si el papá ha tenido una excelente relación con su hijo, si se ha ganado su confianza desde siempre, cuando el niño ha hecho suyo el mundo de sus padres, cuando el mundo de valores de sus padres ha ido penetrando en él poco a poco.

Los premios

Generalmente, la mayoría de los papás actualmente comercialmente respecto a cómo premiar a los hijos por sus acciones. Si hacen tal cosa, se les promete una cantidad de dinero, algo material... Si le lavan el auto, les pagarán; si salen bien en la Prueba de Aptitud Académica, les regalarán un auto; etc. Esta es una educación negativa, porque estamos educando a los hijos para una sociedad individualista, utilitarista. La educación

debe ir enmarcada en la solidaridad para con la familia. En este grupo familiar, a los hijos les *corresponden* tales y tales tareas, así como a los papás les corresponden otras, para que todo funcione bien. Todos tienen una tarea que cumplir en este grupo familiar, esto es lo que *corresponde*. En las tareas del hogar participan todos y el premio es la satisfacción de haber realizado bien su tarea y el reconocimiento afectivo de parte de los otros miembros de la familia, especialmente de los padres. Todo lo que va en la línea de incentivar lo utilitarista, del individualismo, de una sociedad capitalista, va contra de lo que es una sociedad solidaria. Para el niño es más importante el reconocimiento afectivo de los papás que el recibir un premio material.

También el condicionar el afecto, el cariño, el amor por lo que los niños hagan, es algo negativo.

De un autoritarismo en la educación de los padres, hemos caído a un *laissez faire*, un *dejar hacer*. De un papá autoritario que daba órdenes, que restringían todo, llegamos a un papá camarada; que hace vista gorda a muchas cosas. Ambos extremos son negativos. Los padres han de acostumbrar a decidir y a hacer responsables a sus hijos.

Por ejemplo, si el papá o la mamá no han decidido nada respecto a las normas, a los valores que rigen en su hogar, éste será un caos. Los padres tienen que poner orden, establecer responsabilidades, principios, normas y sus razones, la conveniencia, los por qué las cosas han de ser de esta manera en nuestra familia, de tal modo que los hijos vayan intuyendo, vayan teniendo conciencia y sepan con claridad cuáles son las costumbres de su hogar, de su familia. Y las cosas no se cumplen como debe ser, los hijos deben recibir una reprensión o un castigo coherente con lo que hizo. La violencia física con los hijos ni la mencionamos. El castigo no educa. El P. Kentenich decía que Juan Bosco todas las noches se despedía de sus niños, y cuando se habían portado mal, los castigaba no despidiéndose de ellos. Y esto era el mayor castigo para los niños y así lo sentían. Pero esto suponía que había un contacto afectivo inmenso. Generalmente, cuando los padres golpean a los niños, significa que no tienen autoridad.

Por otro lado, sería muy negativo si entendemos la autoridad como un *laissez-faire*. Los padres enseñan a sus hijos a ser responsables, a mantener sus compromisos, a decidir y

mantener su palabra. En el hogar debe haber un *rayado de cancha* claro, que es muy importante y que los hijos deben aprender a respetar. No queremos papás autoritarios pero sí papás con autoridad, y que hagan respetar su autoridad, no camaradas pero sí cercanos, cariñosos, amigos; papás que sean autoridad y entendida ésta no como el gritar y dar órdenes, sino como servicio a la vida, como el que cuida la vida, como el que da seguridad, confianza, estabilidad a la familia, a los hijos. De lo contrario, si no hay una autoridad paternal los hijos serán un desastre en el futuro.

Si queremos educar para la autonomía, para la responsabilidad, para tomar decisiones, tiene que ser claro que en la casa hay alguien que es autoridad, que ejerce esa autoridad, que decide, que realiza, que es responsable, que lleva a cabo. Pero esa autoridad no es autoritarismo; esa autoridad no se ejerce a gritos, a golpes. El niño tiene que sentir y vivir la autoridad, y aunque no entienda lo que ordena los padres, cumple esa orden porque el niño quiere a su papá y sabe que si el papá lo dice es bueno. El papá puede y debe exigir y en alguna ocasión sus exigencias no serán entendidas, pero serán cumplidas por la confianza que los hijos tienen en él, sabiendo que detrás de esa exigencia está el papá que lo ama y que, por eso, quiere su bien.

Esto se da cuando hay una comunicación con esa autoridad que son los padres, cuando hay cariño, cuando hay diálogo. Antiguamente, los padres ejercían una autoridad que era autoritarismo y esto produjo personas con terror a la autoridad y, más aún, con terror a Dios. La imagen de Dios que tenían esas personas era un Dios castigador, con el látigo en la mano, un Dios cascarrabia, que lo único que pretendía era sorprendernos para castigarnos. Ese tipo de autoritarismo es tan nocivo como la falta de autoridad.

Cuando se produce el cambio a la sociedad actual, de una sociedad en la que funcionaba un tipo de autoritarismo, que manejaba sólo a gritos, con violencia, inculcando el miedo, el terror, a una sociedad en que no hay autoridad. La autoridad desaparece porque no se educaron verdaderas autoridades y verdaderas personalidades autónomas. Desaparece el dictador y viene el caos, la disolución de la sociedad.

Para ejercer la autoridad, los padres no necesitan dar explicaciones cada vez que piden algo a sus hijos y éstos, para obedecer, no necesitan que cada vez se les dé una razón. Pero esto

se sustenta cuando ha habido una buena relación de diálogo, de intercambio, de confianza. Si en el hogar hay un tiempo especial, en el que la familia se reúna a intercambiar, donde confluya la vida, donde se converse en forma libre, donde se crea un ambiente familiar y se produce algo como *un foro familiar*, algo atrayente para los niños, donde todo ese mundo de valores se vaya transmitiendo, se vaya haciendo vida, costumbres familiares.

Pienso que el tipo de influencia de factores educativos es tan fuerte y tan contrario a lo que nosotros queremos, que requiere que creemos en el hogar medios y formas que hagan el peso a esa influencia negativa externa.

Tomemos el caso de la televisión que tiene una gran influencia en todas las personas y especialmente en los niños. Si como papás nos limitamos a apagar el televisor, a prohibirla, podremos causar una rebeldía en los niños. Pero si creamos alternativas más entretenidas y más creativas. Recuerdo unos papás que cuando los niños estaban frente al televisor, no se lo apagaban sino que creaban juegos entretenidos en otra pieza, un rompecabezas, y despertaban el entusiasmo de los niños que dejaban de ver televisión sin darse cuenta.

Otros papás, cuando sus hijos ya mayores miraban las telenovelas, que transmiten desvalores más bien, se juntaron con sus hijos para ver estas telenovelas por algunos días y después las analizaban juntos.

Como padres tenemos que buscar caminos, alternativas, crear ambientes adecuados para que se produzca una transmisión de valores y no limitarnos solamente a prohibir. Pro para ello, por supuesto, tenemos que tener valores como papá y mamá, tener claridad de por qué esto sí y por qué esto otro no. Y si no sabemos, tenemos que estudiar. Es decir, tenemos que ser educadores educados. Esto es la clave de todo.

Estamos ante un enorme desafío como padres. Tenemos que darles responsabilidades a nuestros hijos, no les hagan la vida demasiado fácil. Los hijos deben hacer las cosas por amor a nosotros, como sus papás. En definitiva, no es la orden la que cuenta sino el amor a quien da la orden, el amor al legislador. El P. Kentenich dice que tenemos que cumplir los mandamientos no por la ley sino por amor al legislador. De una u otra forma los papás deben inculcar en los niños la responsabilidad por lo que les corresponde en el hogar. Y en

lo está implícito el sentido de la solidaridad; debemos inculcar en los niños este sentido de solidaridad porque el hogar es un cuerpo que funciona con muchas personas y que cada uno es responsable de una tarea concreta en ese cuerpo.

Pero para ello es necesario que creemos un ambiente de familia, de respeto, de cariño. Y tenemos que rayar la cancha a la altura de cada niño, tomar decisiones, ordenar a los niños desde pequeños, creando costumbres, inculcando valores, adiestrándolos en el buen sentido de la palabra, acostumbrándolos a ciertas cosas. Los tres primeros años de edad son muy decisivos en la educación de los niños. El niño tiene que meterse en un sistema ordenado y como padres tienen que ingeniárselas en un sistema de orden, de disciplina.

Estamos en una sociedad donde lo que cuenta no son los valores que nosotros queremos encarnar, que no quiere formar un hombre que sea capaz de amar y dar amor. Esto no está en sus categorías. Sólo le importa producir, tener y gozar. Los valores nuestros no cuentan ni menos un sentido social. Estamos luchando contra la corriente y tenemos que estar conscientes de esto para no caer en las trampas. Nuestros hijos, en el colegio, entre sus amigos, en todas partes están rodeados de un individualismo, de competencia. En los colegios los educan para competir.

La importancia de los vínculos

Algo que también hemos de tener presente y que la imagen de un volador, de un volantín, nos clarifica más. Tenemos el hilo de este volantín en nuestra mano. El volantín puede ir de un lado a otro, volar de un lado a otro, pero hay algo que lo asegura, tiene un vínculo: nosotros tenemos el hilo en nuestras manos. El día de mañana, nosotros veremos a nuestros hijos bambolearse con sus amistades, en el colegio, en las fiestas. De repente los tomará un viento fuerte y si no tiene un vínculo afectivo fuerte con sus padres, con su hogar, será a merced de cualquier cosa. El ambiente se lo tragará. Por eso es tan importante que el cultivo de sólidos vínculos de amor, de cariño, de afecto entre los hijos y los padres, entre los hermanos, sea de una primera importancia. El niño ha de sentirse libre por un lado, pero está seguro porque los vínculos que lo atan a sus padres, a sus hermanos, a su hogar, son sólidos. El sabe que su papá está, que su mamá está presente y que con ellos hay siempre una comunicación.

Y cuando el hijo sale y se va a otro país, por amor a sus papás, por el vínculo que lo une a ellos, y por todo lo que está en su subconsciente va a reaccionar bien y va a saber discernir cuando lo inviten a panoramas negativos. Y tenemos que confiar que será así porque está respaldado por todo ese mundo de vinculaciones que lo ha fortalecido por dentro.

¿Qué pasa hoy día cuando en muchos hogares donde el papá está ausente todo el día, y llega de su trabajo cansado y lo único que hace es ver televisión, leer el diario. Es impresionante la poca dedicación afectiva que el papá da a sus hijos. Muchos papás prefieren mil veces ir a jugar football, tenis, a estar con sus hijos, a hacer un panorama con ellos, salir con ellos. Hay un mundo de desvinculación del papá con sus hijos, a pesar de que muchas veces está presente físicamente. El papá muchas veces se conforma porque él es quien trabaja para que “la casa funcione”.

La educación de los hijos requiere que el hombre, el papá, ejerza su papel de tal radicalmente. Significa que tiene que preocuparse de cambiar respecto a sus hijos. No existe la tradición del papá cariñoso, del papá que comparte con sus hijos, que es papá amigo de sus hijos. Si miramos nuestra propia experiencia, nos damos cuenta que quizás nunca conversamos con ellos en forma confidencial. Es rarísimo que haya habido una confidencia con ellos. Puede haber excepciones, pero lo normal ha sido que los papás no conversaban con sus hijos. Y todavía el machismo nos pesa enormemente y por eso tenemos que hacer un fuerte trabajo de autoformación para llegar a ser educadores de nuestros hijos, para que ellos verdaderamente aprender a recibir y recibir amor y ser solidarios. Se necesita un vuelco social, cultural enorme. Y nosotros tenemos que empezar este cambio.

Si queremos tener una sociedad en la que la familia tenga la importancia que tiene, debido al sistema que existe, muchas familias quedan lejos de la posibilidad de tener un hogar propio, por ejemplo. Debería ser normal que cada familia tuviese un hogar propio.

Dado que siempre tendremos una discordancia con el medio, tenemos que medir qué es lo más importante. Si vemos, por ejemplo, que por ganarlos la vida y por tener mejores posibilidades económicas, profesionales, lo estamos haciendo a costa de nuestra familia y estamos destruyendo nuestro hogar, tenemos que renunciar quizás a cosas que no son tan

importantes y dar prioridad a lo que sí tiene importancia, a nuestra familia, a nuestra relación de matrimonio. ¡Cuántas separaciones matrimoniales se dan actualmente porque el marido no dedica tiempo a su esposa, a sus hijos, o porque tanto el papá como la mamá están priorizando lo material, el tener y el bienestar social a lo que es la relación matrimonial, con los hijos,... Tenemos que ver con realismo cuáles son neutros valores principales, aquellos en los cuales se cimienta la verdadera estabilidad de la familia. Sabemos que todo a nuestro alrededor nos está diciendo que la panacea es lograr la mejor posición económica y no importa cómo, a costa de qué... Pero al valor del amor en la familia no se le da importancia, porque se les ve como consecuencia del bienestar económico.

Es evidente que tenemos que luchar por tener una buena profesión, un buen trabajo, pero tenemos que plantearnos de no matar la “gallina de los huevos de oro”. Y esto no es fácil. Tenemos que tener una escala de valores clara, donde lo principal sea el carácter solidario de un cristiano, el orden de ser de un cristiano, que sabe amar por sobre todo y que es capaz de dar amor y todo lo demás lo subordinamos a este valor. Para esto nos formamos y nos exigimos y por esto lucho.

No se trata que seamos mediocres sino lo contrario. Tenemos que ser los mejores profesionales para poder ser más, para ser mejores, para aportar más a que nuestro mundo, nuestra sociedad sea mejor, más solidaria, donde reine el amor. No se trata de que formemos a nuestros hijos en la mediocridad, que no les exijamos. Cuando exigimos a los niños que tengan las mejores calificaciones en el colegio, tenemos que tener clara la meta, el para qué les exigimos esto. ¿Es para ser más o para tener más? ¿Es para construir un mundo más solidario o un mundo más individualista?

En Paraguay hay un empresario que tiene un inmenso éxito. Y llegó un momento en que se dio cuenta que no necesitaba más dinero. Sus compañeros de grupo le dijeron que Dios le había dado ese don de trabajar y ganar dinero y debía ver cómo utilizar ese dinero en bien de muchos.. Y creó una fundación donde trabajan profesores, sicólogos, técnicos, etc. en la elaboración de textos de estudio en la línea cristiana y actualmente proporciona cuadernos y libros, y todo un excelente material pedagógico a todos los sectores más pobres de Paraguay. Han creado hogares de niños además.

Por eso, no se trata de no producir más sino de saber con qué finalidad se hace todo.

Actualmente también han cambiado los roles también en nuestra sociedad boliviana. Por ejemplo, la mujer ha tomado conciencia de su derecho a poder progresar, a perfeccionarse y empieza a jugar este rol. Y entonces, cuál es el equilibrio, porque al intentar este perfeccionamiento, este progreso, la mujer está abandonando un tanto el hogar, la familia. Y por eso es difícil lograr el equilibrio.

En un esquema antiguo, la mujer quedó reducida a la casa, a ser la madre de los hijos y el hombre se desentendió de su hogar, de su familia. Actualmente, esto subsiste. Si la mujer salió del hogar a trabajar fuera, el hombre sigue en esta posición, desentendiéndose de la educación de los hijos. En muchos casos, el papá deja a la mamá esta tarea de cercanía, de afecto, de conversación, de diálogo. El papá se convirtió en un proveedor de la casa. La presencia efectiva en la educación de los hijos es de suma importancia.

Esta también el problema social, la sociedad actual está desajustada, obliga a la mujer a salir a trabajar. Es brutalmente difícil muchas veces para la mujer tener que salir a trabajar porque su sentido natural maternal le impulsa dedicarse a sus hijos. También sucede al revés, cuando no sale a trabajar y el medio le está diciendo y ofreciendo miles de oportunidades para desarrollarse profesionalmente. La mujer tiene que buscar alternativas de trabajo de media jornada, trabajos que pueden realizarse en el hogar, etc. Pero lo primero que es necesario tener en cuenta es saber qué es lo que queremos, qué pretendemos, dónde poner el acento, cuál es lo más importante.

En nuestro medio sucede muchas veces que por guardar los status sociales, ponemos, por ejemplo, a los niños en colegios determinados y que nos significan excesivos gastos los cuales nos exigen también excesivo trabajo para ganar más dinero. Quizás tenemos que pensar en otros colegios y dar prioridad a lo más importante. ¿Queremos solamente el bienestar económico y profesional de nuestros hijos? ¿O queremos que ellos crezcan como personas capaces de dar y recibir amor y ser solidarios?

Estamos en un mundo que va contra todo esto y en el cual es muy difícil realizar lo que queremos.

La educación de los hijos es algo central en la educación schoenstattiana. Qué hijos queremos educar, cómo los queremos educar.

Vinculación a María

Cuando decimos que queremos dar seguridad a los niños, que tengan conciencia de sí mismos, que tengan una estima y una valoración, que tengan valores claros, lo más fuerte es la formación del inconsciente. Y en la formación del inconsciente lo más fuerte es la vinculación a la Virgen. Si logramos meter en el subconsciente de los niños, mediante vivencias profundas, el amor a la Virgen le estamos dando una “brújula interna”, que siempre le dirá para dónde y por dónde ir. La vinculación a María le da un instinto que le dirá por dónde ir.